El análisis de la información reunida en torno a las mediciones indígenas nos revela que el *tupu* fue una medida relativa, es decir que se tomaba en cuenta el tiempo empleado antes que la distancia efectuada. Un *tupu* de subida era más corto que uno de bajada. Primaba en él la idea de relatividad (Rostworowski 1960, 1981d).

Según Hyslop (1984), hay una dificultad en el terreno para reconocer un tambo porque su arquitectura era variada, y es posible que en su edificación influyeran las costumbres y la mano de obra local (Morris y Thompson 1985).

CAPÍTULO IV

Las conquistas

El tema de las conquistas incaicas debe ser profundizado no solamente para ensayar un ordenamiento, sino también para explicar las circunstancias que rodearon a las más destacadas. Cabe preguntarse cuáles fueron los medios empleados por los soberanos cusqueños para apoderarse de tan vastos territorios en un lapso relativamente corto. Es necesario encontrar una explicación para el repentino auge inca, su engrandecimiento casi explosivo, así como su rápida desestructuración.

La arqueología ha comprobado el reducido período de la ocupación inca en oposición a las largas secuencias estratigráficas anteriores, pertenecientes al desarrollo de diversas culturas que la precedieron en el ámbito andino.

Los incas aprovecharon los logros alcanzados anteriormente, sobre todo en la organización sociopolítica, para aplicarlos a su gobierno. Se puede afirmar que las prácticas de reciprocidad como la *minca* y el *ayni* no fueron nuevas. Además, desde tiempos antiguos las macroetnías construyeron tambos, caminos y puentes; usaron el sistema de traslado de poblaciones de un lugar a otro para servir a sus intereses, y la misma institución de los *yana* fue costumbre ya establecida con anterioridad. Todos aquellos hábitos se desarrollaron, posiblemente, durante el Horizonte Medio y quizás antes. El mérito de los soberanos cusqueños fue haber dado a dichas estructuras una envergadura estatal.

Actualmente es difícil precisar cuáles fueron los aportes que cada cultura dio. Los préstamos culturales adoptados por los incas después de las principales conquistas debieron ser diversos, como varios los factores que influyeron en ellos. A no dudarlo la riqueza y el boato desplegado por los Señores del Chimor debió impactar a los rudos guerreros cusqueños, y los jefes costeños sirvieron de ejemplo para acrecentar el lujo y la soberbia de los gobernantes incas. Una confirmación de nuestra conjetura es la presencia, en la capital, de grupos de plateros de diversos puntos de la costa: Ica, Chincha, Pachacamac, Chimu y Huancavilca en el actual Ecuador. Todos aquellos artesanos trabajaban para los señores del Cusco y si bien seguían los modelos incas, aportaron sus conocimientos y tecnología.

Antes de ocuparnos propiamente de las conquistas incas es indispensable tener una visión general de los problemas relativos al desastre ocurrido frente a los invasores hispanos.

La debilidad mostrada por el Tahuantinsuyu cuando aparecieron las huestes de Pizarro se explica por el limitado tiempo de la hegemonía cusqueña. Corto fue el lapso del poder gozado por los incas, y la llegada de los españoles no dio lugar a un afincamiento de la supremacía cusqueña en el ámbito andino.

Quizá los incas deseasen la integración de la población indígena en torno a ellos; este afán estaría expresado en el uso obligado de la "Lengua General", nombre dado por los españoles al *runa simi*, pero es posible que se trate sólo de deseos inconscientes cuya meta habría sido facilitar la administración de sus estados. Sin embargo, la integración del mundo andino nunca llegó a darse, siguió prevaleciendo el sentimiento local en torno a sus huacas, su terruño y sus jefes inmediatos.

Los pobladores del amplio territorio andino se identificaban con su pequeño núcleo y no tuvieron conciencia de ser parte de un todo. Es así que el dominio inca no echó hondas raíces entre los pueblos subyugados. La reciente anexión de la mayoría de las macroetnías al Tahuantinsuyu permitió a los naturales conservar el recuerdo de su pasada libertad, y en la mayoría de los casos los grandes señores andinos sólo esperaban la oportunidad para sacudirse de la presencia inca. Por ese motivo los soberanos cusqueños nunca llegaron a formar una nación, y no es de extrañar que los jefes étnicos vieran en los españoles a unos aliados que les ayudarían a recobrar su pasada independencia. Creyeron que colaborando con los españoles se librarían de los amos cusqueños, y por esta razón se plegaron a los recién llegados. No podían saber, ni suponer que tras los soldados de Pizarro se erguía la amenazadora presencia de un país deseoso de conquistar el Nuevo Mundo, poseedor de una tecnología más avanzada que invalidaría sus deseos de libertad.

Es posible que Pizarro haya comprendido la situación creada por la presencia hispana, y se aprovechara de la coyuntura para ofrecer su apoyo interesado a la causa de los señores locales del país. Este fue el caso del curaca huanca que colaboró decididamente con Pizarro, a cambio de lo cual encontró natural que la Corona española le otorgara posteriormente una encomienda, hecho que nunca sucedió. Los indígenas no pudieron prever el poderío español, ni el arribo en masa de nuevos soldados dispuestos a dominar esta tierra.

Otro motivo del desastre indígena frente a los españoles fue la guerra civil entre Huascar y Atahualpa. Indudablemente las luchas por la sucesión de Huayna Capac causaron el debilitamiento del poder central y del país en general. Sin embargo, y a pesar de que el encono entre los hermanos fue la causa directa de la espectacular caída del Estado inca, el motivo fundamental estuvo en el deseo de los propios señores andinos de sacudirse del poder de los cusqueños.

El Estado andino era demasiado reciente y su autoridad estaba en plena gestación como para poder resistir el choque con una cultura cuyos conocimientos eran superiores a los suyos. No obstante, su colapso no fue motivado por una decadencia interna, como muchos han querido explicar su derrumbe, sino por un cúmulo de circunstancias adversas; todo se confabuló contra los naturales de esta tierra.

En un trabajo anterior (1953) hemos profundizado el tema y el orden en que se realizaron las conquistas incas, pero tomando sólo como base el relato de los cronistas y una interpretación de sus noticias; ahora, gracias al avance de la investigación y a la aparición de nuevas fuentes documentales se puede examinar la información a la luz de conquistas específicas. Es pues posible, a la fecha, ampliar el horizonte de las conquistas cusqueñas y si bien mantenemos el punto de vista inicial para la época del auge, para tiempos posteriores encontramos preferible usar ejemplos concretos sobre los cuales poseemos noticias documentales. En los testimonios aparecen las diversas circunstancias que surgieron a lo largo de los gobiernos cusqueños, así como la forma de proceder de los incas para dominar a las diferentes macroetnías.

Las continuas guerras contra los chancas hasta su definitivo aniquilamiento permitieron a los incas afirmar sus dominios sobre los jefes étnicos vecinos del Cusco, ya sea por medio de la reciprocidad o de las armas. Sarmiento de Gamboa (cap. 35) relata aquellas luchas contra pequeños curacazgos situados a unas cuantas leguas del Cusco; otras expediciones más lejanas los llevaron adonde los soras, en el Cuntisuyu. Sin embargo el enfrentamiento siguiente y el de mayor importancia debería dirigirse contra los curacas del Altiplano, con quienes habían sostenido, a través del tiempo, numerosas refriegas.

Cieza de León (*Señorío*, cap. XLI) y Santa Cruz Pachacuti narran la existencia de rivalidades entre los curacas de Chucuito y de Hatun Colla, y de sus enemistades con los canas y los canchis. Según los cronistas, el Inca Viracocha durante su gobierno ofreció su apoyo a los dos jefes collas, pero secretamente hizo un trato con Cari, el curaca de Chucuito. Informado el jefe de Hatun Colla del entendimiento, decidió librar batalla a los de Chucuito antes de la aparición de las tropas cusqueñas. Después de un violento combate en Paucarcolla, Cari quedó victorioso, hecho que apesadumbró al Inca. De acuerdo con la situación, los cusqueños y los de Chucuito se reunieron en son de paz, sin que hubiera lugar para una conquista y es probable que acordaran una alianza[1].

Con el gobierno del Inca Pachacutec, las guerras entre collas y cusqueños tomaron un nuevo giro. Sarmiento de Gamboa (cap. 37) relata con lujo de detalles la lucha entre los incas y Chuchi Capac, llamado también Colla Capac, señor de Hatun Colla. Entablada una batalla que no se definía para ninguno de los dos bandos, Pachacutec, rodeado por su guardia, decidió atacar directamente al jefe colla quien cayó prisionero, hecho que desmoralizó a los suyos y dio la victoria a los cusqueños. Es el mismo método que menciona Betanzos en la guerra contra los chancas, que le da al encuentro un tono mítico. Según el mismo Sarmiento, Chuqui Capac era un gran señor, de acuerdo con su título de *capac*, y sus dominios comprendían más de ciento sesenta leguas de norte a sur. Sus territorios alcanzaban a los chichas, la región de Arequipa, la costa del mar hacia Atacama y las montañas de los mojo. Los límites en el litoral y las tierras selváticas eran sin lugar a dudas los enclaves verticales de los Hatun Colla (Murra 1964 y 1972).

Cieza de León (cap. LII) en el *Señorío de los Incas* cuenta que Inca Yupanqui marchó del Cusco al Collao en son de conquista. En Ayaviri la gente no acudió a rendirle obediencia por lo que, tomándola desprevenida, destruyó sus villorrios y aldeas, haciendo gran matanza en los pueblos. La región quedó despoblada de sus naturales y para remediar tal situación el soberano ordenó traer a numerosos *mitmaq* a que habitasen la región.

Después de la derrota de los collas, el Inca volvió al Cusco a celebrar su triunfo, y al finalizar las ceremonias mandó cortar las cabezas de los principales enemigos y conservarlas en una casa

1 Numerosos keros reproducen una escena de paz entre incas y collas, a quienes se puede reconocer por sus altos bonetes, acontecimiento que, al parecer, impactó a la gente de entonces.

llamada Llaxaguasi, en donde se guardaban los trofeos de esta especie (Sarmiento de Gamboa, cap. 37).

Los demás curacazgos del Altiplano aceptaron el dominio cusqueño por temor a verse envueltos en nuevas guerras, seguramente prefirieron recibir los beneficios de una reciprocidad establecida con los incas y obtener en esa forma su parte del botín. Tal debió ser lo sucedido con los lupaqas de Chucuito, los paucarcollas, los pacajes y los azángaros. Sarmiento de Gamboa (cap. 87) afirma que por temor se sometieron todos los habitantes de Cuntisuyu (Santa Cruz Pachacuti 1928: 187).

Para los incas quedaba abierta la ruta al mar a través de los numerosos enclaves serranos pertenecientes a todas las etnías del Collao, y es posible que estos archipiélagos hayan sido los primeros contactos de los cusqueños con el litoral. Las luchas internas entre los grupos del Collao facilitó la conquista inca de la zona, pero más adelante tuvieron que enfrentar rebeliones y serios problemas con los naturales del Altiplano.

Para ilustrar mejor los sucesos, vamos a desarrollar brevemente ciertas conquistas que siguieron patrones de conducta muy distintos. Para la costa poseemos mayor información porque las últimas décadas las hemos dedicado exclusivamente a investigar la documentación sobre los yungas.

Conquista pacífica: el señorío de Chincha[2]

La Relación de Chincha de Castro y Ortega Morejón (1974/1558) es un interesante informe sobre una conquista pacífica de los incas en la costa, en ella figura cómo se realizó la ocupación cusqueña a dicho valle.

2 El nombre de Chincha fue seguramente el de Chinchay. Ver documento sobre plateros naturales de dicho lugar enviados al Cusco. En Guaman Poma se decía Piscoy por Pisco, Lunaguanay por Lunahuaná y, posiblemente Ichmay por Pachacamac.

El primer ejército inca que apareció en Chincha estaba comandado por el general Capac Yupanqui. En la crónica ese personaje es nombrado como soberano, sin embargo, la mayoría de los cronistas lo mencionan sólo como un jefe militar enviado a los llanos por su "hermano" Pachacutec.

El general cusqueño llegó a Chincha con gran cantidad de gente, diciendo ser hijo del Sol y que venía por el bien de los naturales. Dijo además no desear nada de los pobladores del valle, ni oro, ni plata, ni entrega de mujeres porque de todo tenía en abundancia, y por el contrario traía consigo numerosas dádivas con tal que le reconociesen por señor. Para confirmar sus palabras ofreció a los curacas un elevado número de ropa confeccionada en el Cusco y otros objetos de valor, acto muy del agrado de los señores del valle, quienes gustosos le reconocieron por su señor.

Este relato es un buen ejemplo de cómo se desarrollaba la reciprocidad sin necesidad de un enfrentamiento militar, y cómo los jefes locales aceptaban a los incas.

¿Qué ventajas recibió el Inca de esta situación y qué obtuvo a cambio de los presentes entregados? El general serrano pidió la construcción de una casa, *hatuncancha*, que seguramente cumplió la función de centro administrativo incaico. También solicitó la designación de *mamacona*, es decir de mujeres necesarias para instalar un núcleo ocupado en confeccionar textiles y en preparar gran cantidad de bebidas para cubrir los fines de la reciprocidad y del culto. Otro beneficio fue el otorgamiento de fuerza de trabajo para laborar como artesanos y también para cultivar las tierras del Inca cuyos productos irían a engrosar los depósitos estatales.

Estos tres dones solicitados por el general Capac Yupanqui a los señores chinchanos formaban la base de la riqueza andina; las *mamacona* y los *yana* representaban una valiosa fuente de mano de obra femenina y masculina, mientras los cultivos producidos en las tierras estatales llenaban las *colca* o depósitos incaicos. Estos tres eran los requisitos necesarios para dar inicio a

un valioso aprovechamiento en beneficio de los cusqueños, quienes, al establecer los vínculos de la reciprocidad en el valle, usufructuaban de importantes recursos. Conseguir fuerza de trabajo fue una meta importante en la organización cusqueña desde los primeros momentos de su expansión, pues sin la mano de obra necesaria no podían emprender los trabajos de infraestructura estatal.

Después de la corta aparición del general Capac Yupanqui pasó un tiempo hasta la llegada a Chincha del entonces joven Tupac Yupanqui en calidad de jefe militar, seguramente aún en vida de su padre. Durante la segunda estadía de un Inca en el valle los señores se holgaron mucho con él, luego Tupac llevó adelante nuevas divisiones sociales de la población, repartiendo los hombres del común en número de diez, cien, mil y diez mil, con un jefe para cada demarcación, sistema que tenía la ventaja de facilitar un rápido recuento de los habitantes del valle para fines administrativos. Además, el Inca ordenó que se hiciesen diversos caminos fuera de la ruta principal de la costa llamada Capac Ñan, que unirían los valles costeños entre sí. Impuso también la construcción de un nuevo palacio para él, y la edificación de tambos, casas de escogidas y un hecho de gran importancia: la designación de nuevas tierras para el Inca, distintas a las otorgadas anteriormente a Capac Yupanqui.

La donación de chacras para el Inca era un factor de sumo interés para la política cusqueña y también un tema de disgusto para los señores del valle, quienes se desprendían de sus mejores campos. Se trataba de una fuerte contribución hacia los conquistadores serranos que debió llenar de descontento a los jefes yungas.

La tercera aparición de un soberano en Chincha tuvo lugar con la llegada de Huayna Capac, quien ordenó nuevas asignaciones de tierras para el Estado, entrega de mujeres y de *yana* no sólo para él sino para el Sol. La llegada de un nuevo Inca al valle significaba, a pesar de haber recibido a los cusqueños en son de paz y de amistad, mayores imposiciones y donaciones. El poder

central se hallaba cada vez más fuerte y por lo tanto más impositivo y exigente.

Esta Relación sobre Chincha es muy valiosa porque en unas cuantas líneas se señalan las sucesivas llegadas de los señores serranos al valle y sus cada vez mayores pretensiones; porque está resumida la política de expansión incaica, y se aprecia cómo se realizaba la ocupación de un valle, y cómo crecía con el tiempo la opresión sobre los pueblos conquistados. En el relato se pone de manifiesto la forma del aprovechamiento cusqueño, que en cada curacazgo podía variar de acuerdo con la riqueza del lugar, y si el recibimiento dado a los incas había sido pacífico o belicoso. En este último caso, las cuantías exigidas podían llegar a sumas muy altas y onerosas para la población conquistada.

Las dos alternativas que tenía un curaca ante la presencia de los ejércitos incaicos eran, rendirse ante el ofrecimiento de la reciprocidad y del requerimiento del sistema, o luchar con las armas por su independencia. La perspectiva de sufrir una derrota con la consecuente pérdida del curacazgo y posiblemente de la vida hacía reflexionar a los jefes étnicos e influía en el ánimo de los curacas. De allí que en la mayoría de los casos la sola presencia de las tropas invasoras era suficiente para la anexión de las macroetnías al Tahuantinsuyu.

Este comportamiento favoreció la rápida expansión incaica, aunque las bases y las estructuras del Estado carecían de solidez. Dicha fragilidad quedó demostrada con la llegada de la hueste española, porque bastó su sola presencia para eliminar el tenue lazo formado por la reciprocidad entre los jefes de los grandes señoríos y los soberanos cusqueños.

La dominación pacífica del señorío de Chincha se debió seguramente a que sus dirigentes no quisieron estropear sus viajes marítimos de larga distancia a los pueblos del actual Ecuador, ni sus intercambios con la región del Altiplano. La necesidad de mantener sus empresas y su sistema de trueque hizo que aceptaran las imposiciones del Inca y motivó su entendimiento con los cusqueños. Si bien los chinchanos necesitaban mantener buenas

relaciones con los incas, ellos, a su vez, se veían apremiados en conseguir las preciadas conchas rojas llamadas *mullu* (*Spondylus sp.*) traídas en balsas de los tibios mares norteños para cumplir los ritos y ceremonias especiales. Uno de los motivos que tuvieron los incas para la conquista de las regiones de Manta, Puerto Viejo y La Puná fue justamente tener acceso directo a las conchas de *mullu* (Rostworowski 1970b).

Conquistas relámpagos: Los señoríos serranos del Chinchaysuyu

La siguiente expedición de Capac Yupanqui estuvo dirigida a la región del Chinchaysuyu, y fue la primera incursión a la sierra norteña. Para conocer su desarrollo seguiremos el relato de consenso de los cronistas.

De acuerdo con la información de Cieza de León, Capac Yupanqui marchó primero a Andahuaylas, tierra ya conquistada a los chancas y lugar donde se le unieron las tropas de un jefe de dicha etnía llamado Anco Huallo. En su ruta, el general cusqueño halló una mínima resistencia hasta enfrentar a los huancas, que fueron igualmente derrotados. Estando en Jauja, Yupanqui entabló conversaciones con los pobladores de Huarochirí y Yauyos quienes desde entonces se mostraron adictos y aliados de los incas (Cieza de León, *Señorío*, cap. XLIX, diversos documentos confirman este entendimiento).

Avanzaron entonces los ejércitos incaicos hacia Pumpu y Chinchaycocha, donde los habitantes se escondieron entre los juncos de la laguna. En Tarma, los naturales trataron de oponérseles sin éxito (Cieza de León, cap. L). En el asiento de Huánuco tuvo lugar el éxodo de los contingentes chancas y su huida a una región selvática no dominada por los incas (Sarmiento de Gamboa, cap. 37; Cabello de Valboa 1951, cap. VI).

Según Sarmiento de Gamboa (cap. 38), Capac Yupanqui continuó su avance por la ruta norteña hasta alcanzar el señorío de Guzmango en Cajamarca. Ante el peligro incaico, Guzmango Capac, señor de seis *guaranga* y jefe de una macroetnía, buscó la alianza con Chimu. En el enfrentamiento con los incas ambos señores quedaron vencidos, lo que motivó la rápida retirada de Chimu Capac hacia la costa.

El botín logrado en todas las campañas del general Capac Yupanqui fue cuantioso y despertó la desconfianza de los incas que quedaban en el Cusco. Sólo entonces tomó el jefe victorioso el camino de retorno a la capital y, según el decir de los cronistas, el Inca, celoso de tantos triunfos y de tan copiosos tesoros, desconfió de su hermano y lo culpó de desobedecer sus órdenes y de haber permitido la huida de los chancas. Las repetidas victorias de Capac Yupanqui eran una amenaza para los soberanos cusqueños cuya norma de acceso al poder era el derecho del "más hábil".

Al llegar a Limatambo, a ocho leguas del Cusco, Capac Yupanqui y su "hermano" Huayna Yupanqui, los dos jefes duales de los ejércitos incaicos, se encontraron con una delegación enviada por el soberano portadora de la orden de condenarlos a muerte por haber transgredido las instrucciones recibidas y responsabilizándolos por la huida de los chancas a la selva. En realidad, ambos jefes eran considerados peligrosos por sus éxitos y hazañas, y habiéndose mostrado capaces ponían en tela de juicio los derechos de los soberanos que se habían quedado en la capital (Sarmiento de Gamboa, cap. 38; Cieza, *Señorío*, cap. LVI).

El rápido avance de las tropas de Capac Yupanqui y de Huayna Yupanqui por la sierra norteña es una muestra del modo de conquista relámpago, no se trataba de una lucha tenaz sostenida con cada curacazgo. Las fuerzas incaicas en su marcha no se detenían demasiado, ni se quedaban en los lugares sometidos (por lo menos eso sucedía en la primera época) les bastaba establecer el compromiso de la reciprocidad.

El primer contacto con los pueblos fue un ofrecimiento de establecer lazos ordenados por el sistema y sólo más adelante, con los gobiernos posteriores, se fueron acrecentando las obligaciones impuestas a los señores étnicos. Una vez logrado el requerimiento habitual, los incas aplicaban e instauraban los mé-

todos básicos de su organización. Veamos ahora lo que sucedía cuando los curacas locales resistían a la presión incaica.

Resistencia local: el señorío de Guarco

El señorío de Guarco se situaba en tiempos prehispánicos en el actual valle de Cañete, y era a mediados del siglo XV un curacazgo belicoso por tradición, que defendía con gran ahínco su libertad. Poseía un valle fértil, con abundante agua todo el año, y tenía la ventaja de que su río corría pegado a la parte sur del valle, situación que facilitaba su defensa. Los cronistas están de acuerdo en la resistencia ofrecida por los habitantes de Guarco a los ejércitos incas; su beligerancia se reconoce por la red de fortificaciones aún existentes en sus antiguos dominios.

El curacazgo ocupaba la zona baja del valle, sus fronteras de norte a sur eran los desiertos que delimitaban sus campos de cultivo. Sus fértiles tierras se extendían hacia el Este hasta los principales canales de riego, y al acercarse al río lindaban con el vecino curacazgo de Lunahuaná. Por el sur, cerca de la desembocadura del río existía el Tambo de Locos, llamado posteriormente Herbay Bajo.

Al norte de sus fronteras se alzaba el llamado Fuerte de Guarco (actual Cerro Azul), situado sobre un acantilado frente al mar. Si bien los cronistas mencionan esta estructura como edificada por los cusqueños, es posible que existiera con anterioridad y que haya servido de mirador o de atalaya para observar, desde un lugar alto, la posible llegada de flotillas de balsas y de "caballitos de totora" foráneos o locales que arribaban a sus costas, no sólo en previsión de posibles ataques enemigos provenientes del mar, sino para mantener una vigilancia en torno a la salida y llegada de las embarcaciones. Posiblemente la observación del océano se cumplía para ejecución de los ritos y ceremonias en loor del mar, fuente principal de los recursos de subsistencia y al que consideraban como una deidad femenina. Asimismo, es factible que los guarcos mantuvieran una estrecha custodia de sus costas

por temor a un ataque marítimo de sus vecinos chinchanos atraídos por sus ubérrimas tierras y por su abundancia de agua.

Cieza de León (1941, *Crónica*, cap. LXXIII) ofrece una detallada descripción del fuerte y supone que fue construido por los incas. Esta versión es repetida por otros cronistas, pero no parece exacta si se considera que los guarcos sostuvieron luchas y guerras con todos sus vecinos y más tarde contra los incas. Por esta razón cabe suponer que su construcción databa de tiempos anteriores al arribo de los cusqueños, quienes después de su triunfo procedieron a remodelarlo para mantener en él una guarnición.

La segunda fortaleza del curacazgo era la de Canchari, baluarte situado en el límite de las tierras del valle, hacia el Este, sobre una elevación natural del terreno. Su función era controlar todo intento de invasión de pueblos serranos provenientes de la quebrada de Pocoto, vía de acceso natural de la sierra a la costa de los habitantes de Yauyos. Además, el fuerte protegía los importantes canales de riego, el de San Miguel o Chiome y el de María Angola, cuyo nombre indígena era Chumbe (Rostworowski 1978-80).

La tercera fortaleza y la más importante e impresionante de todas era la de Ungara, situada en la vecindad de las bocatomas del río. Su misión era defender el inicio del sistema hidráulico de todo el valle, amparar la parte sur del señorío de cualquier ejército enemigo que pudiese bajar siguiendo el cauce del río y repeler un ataque proveniente del vecino valle de Chincha. Según Larrabure y Unanue (1941), el complemento de las defensas de Ungara era un pequeño fuerte en la banda izquierda del río, en la hacienda de Palo.

A los tres baluartes defensivos de Guarco se añadía una muralla de grandes proporciones, hecha de adobones, que envolvía con sus enormes paredes los campos y pueblos del valle (Larrabure y Unanue 1941).

Toda esta información es necesaria para explicar y demostrar que los habitantes de Guarco estaban acostumbrados a de-

fender sus tierras de las pretensiones enemigas, y que su seguridad descansaba en sus fortalezas y murallas. Por ese motivo encontraron natural oponer una tenaz resistencia a los incas.

Al iniciarse la guerra entre los incas y los guarcos cayó en poder de los cusqueños el pequeño curacazgo de Lunahuaná. Se trataba de un señorío costeño débilmente defendido, cuyas tierras eran colindantes de Guarco y por el Este se extendía hasta Zúñiga y Pacarán, valle arriba. El cauce del río era una ruta natural de penetración a la costa y fue el camino que escogieron los incas para bajar a dominar la región. Como ya lo dijimos anteriormente, el entonces joven Tupac Yupanqui ordenó la edificación de un Nuevo Cusco en una de las quebradas de Lunahuaná.

Tres o cuatro años tardaron los cusqueños en vencer a los yungas. Cieza de León (*Señorío*, 274-281) cuenta que durante los cálidos meses de verano los serranos abandonaban la lucha y posiblemente regresaban a sus pueblos para cultivar los campos. Entonces, los costeños aprovechaban para rehacer sus fuerzas y también se dedicaban a sus trabajos agrícolas.

Esta circunstancia es interesante porque indica cómo se realizaban las conquistas indígenas. Llegado un momento los serranos abandonaban sus armas para empuñar la *chaqui taclla*, arado andino, y los costeños la *llampa* o pala, y se entregaban a las faenas del campo. Una situación semejante se dio durante el cerco al Cusco impuesto por Manco II en 1534, y debió ser lo habitual en los Andes. Sólo durante el corto tiempo de la expansión incaica, y como consecuencia de las grandes distancias, los ejércitos fueron reestructurados para poder permanecer largo tiempo ausentes de sus pueblos. El reclutamiento se formó a través del sistema de una *mita* guerrera que llevó a los enrolados a lejanos parajes por mayor tiempo. Al desvanecerse el poderío del Inca volvió a surgir la costumbre ancestral de cortos períodos de luchas y guerras.

Acosta (1940, lib. 3, cap. XV) y posteriormente Cobo narran la resistencia de los guarcos, y cómo el final de la guerra se debió a una estratagema de la Coya, mujer de Tupac Yupanqui. En aquel entonces, era señora del valle de Guarco una curaca que no quiso consentir que extraños se adueñaran de sus tierras. La Coya solicitó al Inca que la dejasen someter a la rebelde por medio de un ardid, a lo que el soberano accedió. Envió entonces una embajada a la curaca y le hizo saber el deseo del Inca de dejarla en su señorío, y la conveniencia de celebrar una grande y solemne ceremonia en honor del mar para confirmar la paz. La curaca creyendo en las palabras de la Coya ordenó los preparativos para la fiesta, y el día señalado todo el pueblo se embarcó en balsas acompañado con música y tambores. Cuando los guarcos se hallaban en pleno océano, lejos de la costa, entraron sigilosamente los ejércitos cusqueños y se adueñaron del valle (Cobo 1956, t. II, cap. XV).

En los relatos de los cronistas se ve la resistencia de los guarcos ante la pujanza inca y las crueles represalias posteriores. Según Cabello de Valboa (1951: 338-339), el nombre de Guarco se impuso al valle como consecuencia de los castigos ejemplares infligidos a sus naturales, parece que el Inca ordenó colgar de las murallas de la fortaleza a numerosos rebeldes (Según el *Lexicón* de Domingo de Santo Tomás, *guarcona* significa ahorcadura; y *guarcuni*, *gui*, ahorcado).

Se comprueba la dureza de la política cusqueña en la elevada cifra de *mitmaq* introducida en el valle después de la conquista. La parte norte del curacazgo fue entregada a los naturales del vecino valle de Coayllo; otra extensión de tierras fue entregada a gente mochica del norte, más adelante nos ocuparemos de la función que desempeñaban estos yungas en la costa central y norcentral. Por último, los campos situados en la margen izquierda del río fueron dados a los chinchas, quienes habiendo recibido pacíficamente a los incas se habían convertido en sus aliados.

Otra resistencia local: los collec

Para comprender mejor el sistema de conquistas incaicas es necesario conseguir el mayor número posible de casos indivi-

duales y de ejemplos. Sin ellos quedamos sólo con la información de las crónicas que están lejos de ser detalladas y no ofrecen el mismo valor que los documentos administrativos o judiciales.

En los archivos hemos encontrado noticias referentes a otro señorío costeño que no quiso recibir a los incas en forma pacífica y que decidió defenderse con las armas: el señorío de Collique.

Antes de nuestra investigación se desconocía todo acerca de este señorío y hasta se ignoraba su existencia. La falta de noticias se debe, en gran parte, a las consecuencias de la conquista cusqueña y al exterminio de la población original como resultado de la guerra y de los castigos posteriores impuestos a sus habitantes. La baja demográfica se agudizó con el arribo de los españoles debido a su vecindad con la ciudad de Los Reyes, hasta su total desaparición a fines del siglo XVI. Sabemos de la existencia del señorío de Collique o Collec a través de varios testimonios del Archivo General de Indias (AGI, Justicia, 413).

La llamada costa central se compone de los valles de Lurín, Rímac y Chillón, divididos en tiempos prehispánicos en dos señoríos principales: el de Ychsma, que abarcaba los valles de Lurín y de Lima, y el de Collec, o Collique como lo llamaron los españoles. Este último formaba una próspera y rica etnía compuesta a su vez por una serie de curacazgos pequeños y locales como Chuquitante, Carabayllo, Zapan, Macas, Guaraui, Guancayo y Quivi. Cada uno de los cuales contaba con diversas *guaranga*, *pachaca*, ayllus y sus correspondientes señores (Rostworowski 1967-68; 1972b; 1977a).

El asiento del Colli Capac en Collique era una estructura fortificada rodeada por una gran muralla, dentro de la cual se extendían numerosos campos regados por dos fuentes de abundante agua, circunstancia que permitía a sus naturales resistir largos y prolongados asedios sin pasar hambre ni sed.

Sus defensas obedecían al temor de ser atacados por pueblos provenientes de las serranías, habitantes de las partes altas del valle, como los cantas, que codiciaban, sobre todo, las excelencias de esas tierras para la plantación de cocales en una variedad adecuada al medio ambiente del *chaupi yunga* o costa media. Varias otras *pucara* o fortalezas protegían, río arriba, el acceso al valle y a las tierras de cultivo.

Los documentos hacen referencia a repetidas incursiones canteñas a la costa sin que llegasen los serranos a derrotar a los collec fuertemente resguardados por sus murallas. Es así que al aparecer los ejércitos incaicos, el Colli Capac no quiso someterse, sintiéndose seguro tras sus defensas. No conocemos los detalles de las luchas y refriegas que se libraron; sólo sabemos que el señor de Collec murió en los combates y del desquite posterior de los cusqueños. En reemplazo del fallecido jefe yunga, los incas nombraron a un curaca perteneciente a la situación social de *yanayacu*, como escarmiento para los jefes que se oponían a ellos.

Poco tiempo después, los indígenas de Quivi fueron hallados culpables de ejercer y de emplear, a través de una huaca, hechizos contra la vida del Inca. El Orejón enviado desde el Cusco para averiguar el delito e imponer un castigo ejemplar ordenó el ajusticiamiento de la población masculina adulta, librándose sólo las mujeres y los niños (Rostworowski 1977a).

El señorío de Chimu: ejemplo de resistencia

El tercer enfrentamiento importante entre costeños y serranos ocurrió con el rico y opulento señorío del Chimor. No logramos hallar nueva información sobre su conquista, pero al igual que los dos casos anteriores ellos se opusieron a los requisitos de la reciprocidad. El Inca Tupac Yupanqui fue quien, a la cabeza de sus ejércitos, se adueñó también de los extensos dominios de este norteño señorío yunga.

El primer encuentro de los chimus con los incas tuvo lugar durante el apresurado avance del general Capac Yupanqui hacia Cajamarca. En aquel entonces acudió el soberano de Chimor, llamado Minchaçaman, en ayuda de Guzmango, señor de las

seis *guarangas* de Cajamarca que resultó muerto, mientras que Minchaçaman se retiró apresuradamente a la costa.

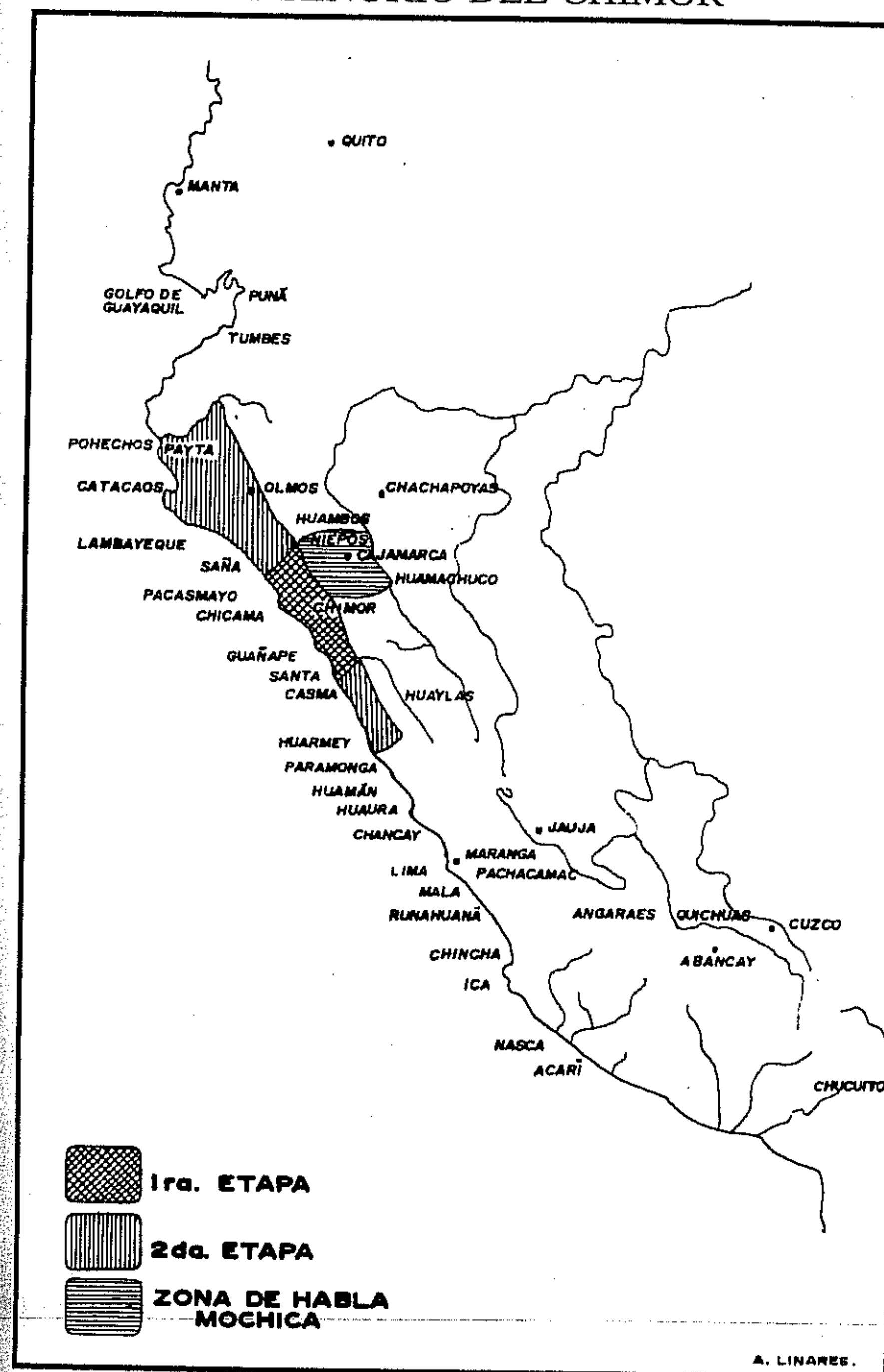
A la par de lo sucedido en Chincha, el segundo personaje cusqueño en aparecer en la región fue el joven Tupac Yupanqui quien se dedicó a la guerra y a ensanchar los límites del Tahuantinsuyu. Este soberano se perfilaba como un gran conquistador y los cronistas lo mencionan como incansable en sus largos recorridos por punas, quebradas y desiertos. Aún durante el gobierno de Pachacutec Inca Yupanqui, Tupac Yupanqui fue enviado a Cajamarca como general máximo de los ejércitos cusqueños junto a "su hermano" Tupac Capac y con los experimentados generales Anqui Yupanqui y Tilca Yupanqui (Sarmiento de Gamboa, cap. 44).

En su ruta por la sierra hacia el norte redujeron varias fortalezas donde señores locales ofrecían resistencia, y adueñados de Guzmango los incas bajaron por el río Moche, amenazando cortar el suministro de agua a los yungas. Los chimus no pudieron resistir el ímpetu de los serranos y el régulo Minchaçaman fue vencido y llevado prisionero al Cusco para la celebración de las fiestas triunfales. En su lugar, Tupac Yupanqui puso por señor de Chimor a Chumun-caur, después de lo cual los ejércitos incaicos continuaron su avance hacia Pacatnamu.

En esa misma época, otras tropas incaicas se aventuraron hacia los chachapoyas, cuyo jefe, Chuqui Sota, se refugió en la fortaleza de Piajajalca, pero no pudo resistir el ataque y cayó prisionero (Sarmiento de Gamboa, cap. 44).

En estas conquistas el Inca obtuvo cuantiosos tesoros de calidad y cantidad nunca vistas antes en el Cusco. De regreso a la capital, la recepción dada a Tupac Yupanqui resultó memorable por la suntuosidad de las fiestas, el esplendor del botín y el número de jefes prisioneros. En el crecido séquito de gente yunga que el Inca traía consigo, aparte de los señores cautivos, había numerosos artesanos en calidad de *mitmaq* o de *yana*, entre ellos expertos en finos textiles, hábiles artífices metalúrgicos, ceramistas, conocedores del arte de manufacturas refinadas y de plume-

EL SEÑORIO DEL CHIMOR



rías. Rastreando documentos inéditos de archivos comprobamos la existencia de plateros instalados por orden del Inca en la capital cusqueña originarios de Ica, Chincha, Pachacamac y Chimu (Rostworowski 1977a; Cieza de León, *Señorío*, cap. LVIII). Al estudiar los objetos metalúrgicos del Cusco prehispánico es necesario tomar en consideración el aporte de los artesanos costeños, y habría que estudiar su influencia en el arte incaico.

A nuestro entender, es recién después de esta conquista que los incas adquirieron toda la magnificiencia que los españoles admiraron en ellos. Es posible que tomaran del Chimu Capac y de su corte, el lujo y la suntuosidad que existió posteriormente entre la elite cusqueña.

Antes del contacto con las macroetnías norteñas los incas eran sólo guerreros, un tanto rústicos, al igual que los demás jefes comarcanos del Cusco. Sólo a consecuencia de este encuentro los gobernantes del Tahuantinsuyu principiaron a rodearse de mayor autoridad, de un lujo digno de sus conquistas, dejaron de ser entonces simples curacas y señores locales.

Otras conquistas de Tupac Yupanqui

Luego de un tiempo de descanso Tupac Yupanqui volvió a salir del Cusco con ánimo de ampliar las fronteras del Tahuantinsuyu. En esta salida llevó consigo a los mismos generales Tilca y Anqui Yupanqui y avanzaron por el camino principal de la sierra o Capac-Ñan. En el trayecto, el soberano se ocupaba de ordenar y establecer la administración cusqueña, observaba si los curacas locales cumplían lo establecido, nombraba y retiraba a dignatarios según las conveniencias del incipiente Estado. Es así que llegaron hasta los cañaris quienes se aliaron a los quitos para enfrentarse a los incas.

Después de lograr una victoria sobre estas etnías descansó Tupac en Quito y ordenó poblar la región con numerosos *mitmaq*, es decir de gente traspuesta de otras regiones, para que edificaran una ciudad. Antes de partir dejó como gobernador a un

anciano Orejón llamado Chalco Mayta, con licencia de ser llevado en andas y la obligación de enviarle cada luna un mensajero con noticias sobre Quito (Cieza de León, *Señorío*, caps. LVI y LVL).

Posteriormente, el Inca pasó a un lugar llamado Surampalli donde ordenó se edificaran unas estructuras que se denominaron posteriormente Tumipampa, nombre de una de las *panaca* reales (Rostworowski 1983: 141).

Pasados varios años lejos de la capital emprendió Tupac la guerra contra los huancavilcas. Dividió su ejército en tres partes, tomando él mismo le jefatura de una de ellas y entró en las montañas fragosas para atacar desde el Este a sus enemigos. Los otros dos ejércitos lucharon por la costa, tanto por tierra como por mar, y para esos menesteres entró en la empresa gente costeña, es decir balseros tumbesinos. Las acciones se realizaron en todo el litoral desde Tumbes a Guañapi, Guamo, Manta, Turuca y Quisin (Sarmiento de Gamboa, cap. 46).

Tupac estaba ocupado en conquistar Manta y la isla de La Puná cuando llegaron unos mercaderes navegando en balsas con velas. Ellos manifestaron venir de unas islas llamadas Auachumbi y Nina. Admirado Tupac con este relato decidió consultar con el adivino que siempre llevaba consigo en sus conquistas. Le preguntó si era verdad el decir de los "mercaderes marinos", porque ellos "hablaban mucho" y no se les podía creer. El augur respondió que él iría primero volando a constatar la existencia de dichas islas lejanas.

Este relato de Sarmiento de Gamboa (cap. 46) un tanto insólito interesa porque menciona la presencia de "mercaderes navegantes" y por el misterioso viaje marítimo efectuado por el Inca. Nueve lunas duró la expedición, y a su regreso, después de tan larga ausencia decidió Tupac tomar el camino de retorno. El Inca escogió la vía de la costa y se dirigió a Catacaos, Pacatnamú y Chimor; lentamente avanzaba el soberano por los valles yungas, pasó por Pachacamac y de allí continuó por la ruta de la sierra internándose por Pariacaca y Jauja (Calancha 1638, lib. 3;

Cieza, *Señorío*, cap. LVIII). Paralelamente, otro ejército suyo avanzaba por el camino opuesto inspeccionando al pasar las diversas etnías (Sarmiento de Gamboa, cap. 46).

Según Sarmiento de Gamboa es sólo después de estas conquistas norteñas que murió Pachacutec, y Tupac Yupanqui dejó de ser corregente para asumir el poder absoluto junto con su *yanapac* o compañero. Las cronologías de las conquistas incaicas son naturalmente tentativas y es posible que Tupac, aprovechando una estadía más prolongada en el Cusco, decidiera dirigir sus tropas hacia las regiones selváticas del Anti, buscando ampliar su acceso a plantaciones de cocales. Para ello dividió nuevamente sus ejércitos en tres partes, él mismo tomó la jefatura de una de ellas y se internó por Aguatona; el segundo grupo estuvo a cargo de Otorongo Achachi quien entró por el pueblo de Amaru; y el tercero lo comandaba Chalco Yupanqui, quien tomó la ruta de Pilcopata (Sarmiento de Gamboa, cap. 49)[3]

En la entrada a la selva los ejércitos de Tupac padecieron grandes trabajos, incluso el Inca estuvo perdido en la espesura de los montes hasta que se encontró con las tropas de Otorongo Achachi que lo buscaban. En esta ocasión los cusqueños conquistaron a los opataris, los manosuyos, los mañaris o yanaximes y a los chunchos, mientras que un capitán incaico llamado Apo Curimache llegaba al Paititi. Durante el tiempo que el Inca se hallaba en la región del Anti, un natural del Collao llamado Coaquiri huyó de las filas incaicas y llegó al Altiplano repartiendo la noticia de la muerte del Inca. En sus discursos alborotaba a la gente y la convencía de ser el momento oportuno para alzarse. El mismo tomó el nombre de Pachacutec Ynga y bajo su mando estalló

3 Lo propio sostiene Cabello de Valboa; y Cobo (1956, t. II, cap. XV) menciona la misma entrada al Anti intercalada con un viaje a Quito y una visita al Collasuyu. Nos parece que la marcha a Quito fue anterior pues es poco probable que el Inca cubriese tan largas distancias con facilidad.

una rebelión en todo el Collao (esa es la causa por la cual suponemos que primero tuvo lugar la entrada del Inca a la selva).

Avisado Tupac de lo que sucedía, salió apresuradamente de las montañas, dejando allí a Otorongo Achachi para concluir la conquista; el Inca pasó directamente por Paucartambo a hacer frente a los sublevados (Cobo 1956, t. II, lib. 12, cap. XIV). Apaciguada la tierra, Tupac Yupanqui se dirigió a Charcas donde sometió a sus habitantes; de allí se dirigió al sur, a Chile, donde prendió a los jefes Michimalongo y Tangalongo y avanzó hasta llegar a las fronteras sureñas del río Maule.

Después de estas conquistas, las demás salidas del Inca se efectuaron en calidad de visitas a las zonas recién anexadas a fin de implantar el nuevo orden. En algunos lugares se sofocaron casos aislados de subversión, pero el objeto principal de estas inspecciones era aplicar los sistemas organizativos incaicos, ordenando las construcciones y edificaciones necesarias para la buena administración de las "provincias".

Al tratar en términos generales de las conquistas de Tupac Yupanqui y de Huayna Capac no se pretende hacer una historia ajustada a los hechos debido a la imprecisión de las crónicas. Sólo se puede analizar los datos y esbozar un esquema de las secuencias de las anexiones territoriales. Lo interesante es poseer noticias para un determinado lugar como en el caso de los collec, que muestra un ejemplo de la manera en que se realizaban las conquistas.

Tupac Yupanqui fue un gran guerrero, él mismo dirigía sus ejércitos y permanecía a la cabeza de sus tropas. A él se le debe el mayor número de conquistas del Tahuantinsuyu, y si bien Huayna Capac siguió la trayectoria trazada por su antecesor, no sucedería lo mismo con Huascar ni con Atahualpa. El primero no salió del Cusco sino para algunas inspecciones, y sólo al final, después de continuas derrotas, asumió él mismo la jefatura de los ejércitos contra su hermano. De igual manera Atahualpa tomó rara vez el mando, delegando en sus generales el llevar a cabo la guerra contra Huascar.

¿Qué puede indicar esta actitud de delegar en manos de otros la tarea de mantener las enormes dimensiones del Tahuantinsuyu? ¿Se debería a mayores responsabilidades administrativas o acaso a la pérdida del espíritu guerrero? ¿Se estaría gestando en el incario una división entre dirigentes militares y jefes administrativos?

Por otro lado, si los Incas se volvían muelles y descansaban en sus generales para conservar sus dominios corrían el riesgo de tarde o temprano ser depuestos por gente más aguerrida, pues la ley del "más hábil" exigía un estado permanente de alerta.

Conquistas de Huayna Capac

A pesar de la proximidad de Huayna Capac con la aparición de los españoles en las costas del Tahuantinsuyu, los cronistas no están de acuerdo en el orden en que ocurrieron sus conquistas, ni en los sucesos en general.

A este Inca le correspondía mantener las adquisiciones territoriales y continuar ensanchando sus dominios. Sin embargo, se nota que en las regiones periféricas del Tahuantinsuyu, tanto en Chile como en las zonas selváticas y en el extremo norte, no tenía vigencia la antigua costumbre andina de la reciprocidad. Sin su intermedio, la única modalidad que cabía era las anexiones por medio de sangrientas batallas para someter a nuevos pueblos. ¿Qué podemos concluir de este hecho?

La ausencia de los hábitos de reciprocidad significa que se trataba de etnías situadas en los lugares más alejados de los núcleos culturales, entre las cuales no existían las costumbres de las regiones más organizadas del ámbito sudamericano. Es posible también que los naturales de dichas regiones apartadas no vieran las ventajas de incorporarse al mundo planificado de los incas; además, tenían poco que perder y no era un caso como el de los chinchas que podían haber arruinado su tráfico de larga distancia con lejanos pueblos si no se sometían de buen grado a los cusqueños.

Para analizar las divergencias entre los cronistas sobre las conquistas de Huayna Capac seguiremos básicamente el decir de Cieza de León, viendo las discrepancias que surgen con los demás.

Los primeros años de su gobierno Huayna Capac los dedicó a visitar sus dominios cercanos al Cusco. Cieza de León (*Señorío*, cap. LXIII) hace referencia a una inspección a los soras, lucanas y andahuaylas. Según este cronista, el Inca no emprendió conquista alguna o viaje lejano mientras estuvo con vida su madre, la Coya Mama Ocllo. Parece que ella rogó a su hijo no ausentarse por largo tiempo del Cusco (*Señorío*, cap. LXI; Cobo 1956, t. II, cap. XVI), la amplitud del territorio significaba que cada recorrido de un Inca reinante por sus estados, o para alguna nueva conquista, comprendía varios años de alejamiento de la capital.

Siguiendo el relato de Cieza y del consenso de cronistas, Huayna Capac después de una prolongada estadía en el Cusco, durante la cual continuó con su obra edificadora, partió a visitar la región sureña de sus dominios. Primero anduvo por el Collao viendo cómo llenaban los depósitos estatales de finas lanas, y escogiendo a jóvenes muchachas para los *aclla huasi*, es decir para los obrajes incaicos. Pasó por Chuquiapo y de allí prosiguió a Charcas, hasta la región de los chichas. Durante su permanencia en el sur, el Inca observó la aplicación de la organización estatal, la creación de *mitmaq*, la construcción de *tampu*, caminos, baños, y otros. Continuó su visita por Tucumán y La Plata, desde donde envió unos capitanes a luchar contra los chiriguanas, pero la aspereza del terreno hizo que volvieran derrotados.

De acuerdo con el decir de Sarmiento de Gamboa (cap. 59), mientras Huayna Capac visitaba el Collao envió a su tío Guaman Achachi por la ruta del Chinchaysuyu a que inspeccionara el país hasta Quito. Mientras tanto el Inca se dirigía a Charcas, Cochabamba y Pocona, continuando al sur por Coquimbo y Copiapó. Durante su permanencia en el sur llegaron las nuevas sobre rebeliones en Quito, en Pastos y Huancavilca que obligaron al soberano no solamente a retornar al Cusco, sino a reunir ejérci-

tos entre la gente del Collao para la nueva campaña al norte (Sarmiento de Gamboa, cap. 59). En esta sublevación contra el Cusco, los norteños mataron a los *tucuyricos* o gobernadores incaicos. Lo mismo sucedería cuando los españoles prendieron a Atahualpa en Cajamarca, pues en ningún documento hemos hallado mención a la presencia de administradores incaicos viviendo entre las etnías.

Según Cieza (cap. LXII), el Inca se quedó en Chile durante doce lunas apaciguando el país y edificando fortalezas. Antes de abandonar la región dejó gobernadores que continuaron la labor de implantar el sistema cusqueño. Cabe señalar que al retornar al Cusco nació Atahualpa en la capital, siendo su madre una *ñusta* llamada Tuta Palla.

Para Cieza, es después de la estadía sureña que Huayna Capac preparó un primer viaje al norte en calidad de soberano. Cada partida de un Inca reinante implicaba grandes preparativos a los que se sumaban sacrificios de toda índole incluyendo el de la *capaccocha*, el supremo sacrificio humano. Había también que reunir la *mita* guerrera y convocar a los curacas para que proporcionaran gente para los ejércitos. Se ampliaban o refaccionaban los caminos por donde transitarían el Inca y las tropas, y había que llenar los depósitos de todo lo necesario para los ejércitos en marcha. El Inca no podía partir del Cusco sin suntuosas fiestas durante las cuales se reafirmaban los lazos de reciprocidad entre los soberanos, las *panaca*, los jefes de las macroetnías y los gobernadores que quedaban a cargo de la administración del Estado.

Otra vez se puso en marcha Huayna Capac con todo un numeroso séquito de jefes militares, señores, mujeres, guardias y tropas. Es posible que avanzara lentamente, como los cronistas de la conquista cuentan que lo hacía Atahualpa en la región de Cajamarca. Por donde pasaba el Inca, los señores locales venían a hacer su *mocha* y a rendirle obediencia, así llegó a Vilcas y se alojó en los aposentos que había ordenado edificar Tupac Yupanqui. Luego pasó al valle de Jauja donde intervino en una controversia entre los señores del lugar por límites y linderos. De

allí el Inca envió dos embajadas, una a los yauyos y otra a los yungas de la costa, y continuó avanzando hasta Pumpu donde quedó poco tiempo por estar deseoso de llegar a Guzmango.

Durante su estadía en Cajamarca el Inca se dirigió a Chachapoyas donde los señores locales se habían rebelado y refugiado en una fortaleza. Por dos veces el soberano fue rechazado por los naturales, hasta que con la ayuda de nuevos refuerzos terminó la sublevación. Numerosos chachapoyas fueron enviados al Cusco, mientras *mitmaq* compuestos por gente segura y leal llegaban para resguardar las fronteras del Tahuantinsuyu.

A diferencia de Cieza, Cobo (1956, t. II, cap. XVI) dice que después de apaciguar Chachapoyas, el Inca retornó al Cusco y fue a descansar al valle de Yucay donde se dedicó a vigilar la edificación de palacios y templos. Después de un tiempo, según el mencionado cronista, volvió Huayna Capac al sur, a Tiahuanaco, Cochabamba, Pocona, Lupaca, y otros; estando en el Collasuyu hizo el gran llamamiento de gente para formar ejércitos, pues su intención era dirigirse a Tumipampa.

Para Cieza de León, después de lograr la paz en Chachapoyas, Huayna Capac continuó hacia el norte e hizo una entrada a la selva contra los bracamoros (cap. LXIV), pero por ser un lugar inhóspito poblado de gente bárbara decidió retirarse. Mientras tanto, Huayna Capac llegó a Surampalli, en tierra cañar, donde se "holgó en extremo"; es posible que durante esta estadía ordenase el cambio de nombre al lugar de su nacimiento, dándole el nombre de su *panaca:* Tumipampa (Rostworowski 1983). Estando allí llegaron las nuevas acerca de cierta revuelta en el Cusco y el Inca despachó órdenes de cortar las cabezas de los principales alborotados.

De este período en el norte datan las varias guerras sostenidas por el Inca contra diversas etnías del lugar, guerras ganadas a costa de un elevado número de vidas humanas. Mientras los soldados del Inca peleaban sin convicción, deseosos de retornar cuanto antes a sus aldeas nativas, los norteños defendían su libertad y sus pueblos.

Todas las batallas fueron recias y, según Cieza, se formó una liga defensiva entre los caranquis, otavalos, cayambis, cochasquis y pifos, hecho que no esperaba el Inca, y antes de entrar en combate les propuso establecer los lazos de reciprocidad, que por supuesto rechazaron (Cieza, *Señorío*, cap. LXVI).

Cobo cuenta en detalle las guerras contra las tribus norteñas: Huayna Capac reunió en Tumipampa a sus jefes militares para ver cómo procederían en la conquista y apaciguamiento de la región. Se decidió iniciar la lucha por Pasto, al extremo norte del territorio, y para dicho efecto se organizaron tres ejércitos, uno con gente oriunda del Collao, bajo el mando de los capitanes Mollo-Cavana de nación lupaca de Hilavi, y Mollo Pucara de Hatun Colla; el segundo ejército provenía de Cuntisuyu bajo la dirección de dos jefes Apu Cavac-Cavana y Apu Cunti Mullu; mientras el tercero estaba compuesto por gente de variada procedencia, además de dos mil Orejones cusqueños a cargo de Auqui Tuma y de Coya Tupa. Mencionamos esta información sobre la composición de las tropas que marcharían al norte porque muestra la típica formación de los ejércitos en el ámbito andino: dividida en tres partes y comandada cada una por dos jefes (Cobo 1956, t. II, lib. 12, cap. XVI). En nada variaba su ordenamiento del de las tropas chancas cuando partieron de su tierra natal a conquistar el mundo de entonces, y es una clara evidencia del sistema en sí.

El éxito en Pasto acompañó la jornada y festejando el triunfo descuidaron la guardia y vigilancia. De esta circunstancia se aprovecharon los naturales para caer sobre los desprevenidos ejércitos, produciéndose una cruel matanza. La reacción de Huayna Capac fue reunir las dispersas tropas y con nuevos refuerzos marchó personalmente al frente de su gente y aplastó la rebelión.

El Inca, con sus deseos de dominar la zona, se dirigió posteriormente contra los carangues y cayambis, siendo uno de sus generales Apu Cari, señor de Chucuito. Los naturales se refugiaron en una fortaleza, y en una de esas luchas salieron inesperadamente de su *pucara* y atacaron a los Orejones que eran el nervio de los ejércitos. La inesperada acometida hizo retroceder a los nobles cusqueños, quienes en su desorientación dejaron caer al Inca de sus andas y hubiera sucumbido en manos enemigas si no fuera por los capitanes Cusi Tupa Yupanqui y Huayna Achachi, ambos de la alta nobleza incaica. Siempre según el decir de Cobo (cap. XVII), Huayna Capac volvió a Tumipampa delante de su ejército, e hizo su entrada a la ciudad a pie, y no en andas como solía hacerlo.

No contento con los sucesos el Inca organizó nuevas tropas contra los cayambis y caranques bajo el mando de su hermano Auqui Toma. En una reñida lucha los Orejones se habían apoderado de cuatro cercas de la fortaleza cuando se desplomó herido de muerte Auqui Toma. Es interesante anotar que en la narrativa indígena sobre sus guerras destaca la reacción de desbande o huida de las tropas cuando el jefe caía prisionero o moría en el campo de batalla, la misma que ocurrió en dicha ocasión.

En la relación de Cobo, fue después de estos acontecimientos que llegaron nuevos refuerzos desde el Cusco, comandados por el general Mihi y otros generales. Según algunos cronistas estos jefes llegaron a Tumipampa a raíz de la caída de andas de Huayna Capac. En todo caso la actitud de los nobles cusqueños, como veremos a continuación, es muy sintomática y ya la hemos comentado cuando hablamos sobre los requisitos de la reciprocidad.

En la prisa por combatir y vengarse de los rebeldes Huayna Capac hizo caso omiso de la tradición y ordenó a las tropas recién llegadas marchar al frente. Profundamente enojados por esa descortesía, los Orejones cogieron la estatua de Manco Capac según una versión, y según otra la de Huanacauri, y tomaron la ruta de regreso al Cusco. Advertido el Inca, despachó a toda prisa grandes regalos y dones a los nobles, los cuales satisfechos por la actitud del Inca regresaron a Tumipampa y se prepararon para atacar a los rebeldes. Aquí, Cobo menciona la formación de tres ejércitos: uno a cargo del general Apo Mihi, el segundo compuesto por gente del Chinchaysuyu, y no nombra a los jefes que

comandaban el tercero. Los cronistas están de acuerdo en que el coraje y el valor de los cusqueños les permitió ganar la batalla y que las represalias incas fueron tan tremendas que la laguna cercana a la fortaleza se tiñó de rojo por la cantidad de sangre vertida, llamándose en adelante: Yahuarcocha.

Según Sarmiento de Gamboa (cap. 60), Huayna Capac pasó largos años en Tumipampa, su residencia preferida, y es posible que habiendo nacido en dicho lugar se sintiera más a gusto que en el Cusco.

Largos años estuvo Huayna Capac guerreando contra las etnías norteñas, y después de arduas batallas terminó por incorporarlas a su Estado. A Quito llegaron noticias de extrañas gentes barbadas, navegando en grandes casas de madera, y que habían tomado contacto con los pueblos costeños. Corría el año 1526. Francisco Pizarro y sus compañeros habían hecho su aparición en las costas del Tahuantinsuyu. Con estas inquietantes noticias llegaron al Inca unos mensajeros, quedando el soberano impresionado por las narrativas sobre los bizarros personajes recién desembarcados (Cieza de León, *Señorío*, cap. LXIII).

De acuerdo con Sarmiento de Gamboa (cap. 62), antes del tercer viaje de Pizarro se desató en las provincias norteñas una tremenda epidemia de viruela y sarampión, males hasta ese entonces desconocidos en estas tierras; grandes fueron los estragos que produjeron en el ámbito andino a causa de la falta de inmunidad de la población. Entre las víctimas de la peste figuró el Inca Huayna Capac, quien murió en Quito.

Como ya lo señalamos, existen serias discrepancias en la cronología de las conquistas de Huayna Capac a pesar de su proximidad con la aparición de los hispanos; sin embargo, la nota sobresaliente de dichas jornadas es que tanto en el extremo norte como en Chile, en el sur, no conocían las manifestaciones de la reciprocidad. La carencia de dicho hábito señala que en las zonas extremas del Tahuantinsuyu los naturales desconocían esa costumbre indígena y su consecuencia inmediata fue el empleo de la fuerza.

Las rebeliones de los señoríos locales y de miembros de la nobleza

La historia del Tahuantinsuyu no sería completa, ni exacta, si no se hace referencia a las frecuentes rebeliones de los señores étnicos durante el gobierno de los incas.

Generalmente, en los relatos y narraciones sobre la historia inca se nota cierta tendencia a idealizarla y a mostrar un estado idílico en los Andes. Los constantes alzamientos que sacudieron las "provincias" del Tahuantinsuyu prueban el descontento existente entre los jefes étnicos ante la opresión y el dominio cusqueño. El corto tiempo que duró la expansión inca no permitió que se consolidaran las posesiones territoriales, ni que los señores tomaran conciencia de estar involucrados en un Estado.

Entre los pobladores del incario predominaba un apego al terruño, al ayllu, al villorrio, al señor local o regional; carecían totalmente de un sentido integracionista. De allí la imposibilidad para despertar en las masas y entre los dirigentes locales una unión o una cohesión defensiva cuando aparecieron los peligrosos extranjeros. El Tahuantinsuyu no había logrado aún desarrollar entre sus miembros el sentimiento de formar parte de una nación. De haber continuado el mundo andino su propia evolución, sin las interferencias de los europeos, se hubiera quizá logrado, con el tiempo, la cabal unión de las etnías en torno al Inca. Sólo podemos constatar que dicho proceso quedó trunco y no podemos suponer lo que hubiera sucedido.

Las constantes rebeliones explican la carencia de unidad dentro del incario, y la llamada paz inca era más aparente que real por estar frecuentemente interrumpida por levantamientos más o menos graves, sangrientos o prolongados. Los numerosos disturbios explican, también, la rápida caída del Estado inca cuando aparecieron los conquistadores hispanos. Los señores locales se sintieron liberados de la tutela cusqueña, y con la presencia española se rompieron los débiles lazos de reciprocidad y

de parentesco que mantenían los señores regionales con los amos del Tahuantinsuyu.

Por otro lado, no sólo existieron alzamientos de los jefes de las macroetnías, sino entre la propia nobleza inca habituada a frecuentes revueltas internas entre los miembros más encumbrados de la elite cusqueña. Los hábitos de la herencia del poder fomentaban las pretensiones de los muchos candidatos al cargo de Inca Supremo, aumentando la debilidad del poder central en los cambios de gobierno y facilitando los enfrentamientos entre los miembros de la nobleza. Sobre las dificultades internas en el Cusco regresaremos al tratar las sucesiones.

Las sediciones que agitaban el incario se cuentan a partir de la gran expansión territorial cusqueña, pues antes de esa época se trataban más bien de revueltas internas que tenían lugar sobre todo al finalizar el gobierno de cada Inca.

En los inicios de la conquista del Collao, bajo el gobierno de Pachacutec y posteriormente con Tupac Yupanqui, las revueltas de los aymaras fueron frecuentes. Sólo a partir del gobierno de Huayna Capac parece que las etnías del altiplano se integraron al Cusco y participaron plenamente en las guerras en el extremo norte. En aquel entonces un gran contingente de tropas procedentes del Collasuyu y del Cuntisuyu lucharon en las campañas contra las etnías ecuatorianas.

La primera insurrección tuvo lugar cuando Inca Yupanqui se internó en la región selvática del ande. Los huamallas, los hatuncollas, los chucuitos y los azángaros aprovechando su ausencia y que se hallaba en una región inhóspita, de difícil comunicación, se confederaron y tomaron las armas; su primera acción fue dar muerte a los gobernadores puestos por los cusqueños (Cieza de León, *Señorío*, cap. LIII). Los revoltosos se fortificaron en una *pucara* y dieron guerra a los incas, quienes a la larga vencieron. Los cabecillas del movimiento fueron enviados presos al Cusco y el Inca ordenó que desde entonces sólo hubiera una cifra límite de gente aymara en la capital, por eso cuando nuevos

contingentes de soldados del Collao llegaban al Cusco tenían que salir de la ciudad los que se hallaban en ella.

Sarmiento de Gamboa (cap. 40 y 41) cuenta que por tres veces tuvo Pachacutec que conquistar el altiplano y fueron los aymaras los que con mayor frecuencia se alzaron. Una nueva insurrección estalló bajo el gobierno de Tupac Yupanqui (cap. 50), y el relato que de ella hace Sarmiento parece ser el mismo que narra Cieza, pero aplicado a otro soberano.

Durante el gobierno de Tupac Yupanqui ocurrió uno de los más peligrosos intentos de rebelión, pero esta vez no provenía de un señor subyugado sino del propio hermano del Inca: Tupa Capac. Era un personaje importante que ocupaba el cargo de visitador de los territorios recién conquistados y que gozaba de la confianza del soberano. Sus bienes, tierras y criados que trabajaban en sus campos eran numerosos, pero no contento con todo lo que poseía principió a conspirar contra el propio gobernante. Por más secreta que fue la conjura, ésta llegó a oídos del Inca quien ordenó una investigación y un cruel escarmiento para los culpables (Sarmiento de Gamboa, cap. 51). Cieza (*Señorío*, cap. LVI) narra cierto alboroto sucedido en el Cusco cuando Tupac Yupanqui se encontraba en Tumipampa, pero que fue rápidamente debelado por los responsables de la custodia y gobierno de la capital.

Un modo de sofocar rebeliones por intermedio de los poderes mágicos de las huacas es narrado por los informantes de Avila (1966: 131). Ellos contaron la curiosa intervención de las huacas en una insurrección de los habitantes de la costa central cuando se sublevaron los alancunas, los calancus y los chaquis y consiguieron prolongar tal situación durante doce años. Ante esto el soberano convocó a las principales huacas de sus estados para que ayudasen a terminar con la penosa situación. Reunidos los dioses en el Cusco, en la plaza de Aucaypata, el Inca les dijo que él siempre otorgaba ofrendas y sacrificios a todas las huacas, y que en el momento de necesidad esperaba contar con el apoyo de los dioses.

Un silencio prolongado siguió a las palabras de Tupac Yupanqui, interrumpido por Pachacamac cuando dijo que nada podía hacer porque si se movía para terminar con los sublevados podía aniquilar también al Inca y a todo el mundo. Se refería a su atributo principal: el de ser el dios de los temblores, y el que controlaba y enviaba las ondas sísmicas. Tomó entonces la palabra Macahuisa, hijo de Pariacaca, que se dirigió al soberano y mientras hablaba "su boca soplaba las palabras como si pesaran y de su boca salía humo en vez de aliento". La huaca prometió secundar a Tupac Yupanqui y partió en las propias andas del Inca a la región sublevada; llegando a una montaña cercana a los pueblos rebeldes empezó a llover, primero a pocos, luego a torrentes, inundando las quebradas, aldeas y campos. Los enemigos del Inca quedaron aniquilados y los rayos mataron a los curacas y a los principales. Así contaban en Huarochirí la oportuna intervención de la huaca Macahuisa. Esta forma mítica de narrar una sublevación en la sierra cisandina tiene probablemente un fondo de verdad, es decir que algún alzamiento debió terminar a causa de un desastre climático y de la precipitación de una avalancha de piedras, lodo y agua sobre los pueblos rebeldes.

Quizá Huayna Capac haya sido el soberano que sofocó el mayor número de rebeliones. Las grandes dimensiones de su Estado y su cercanía con la historia escrita permitió recordar mejor los sucesos.

Según Zárate (1944: 46), uno de los más serios levantamientos tuvo por protagonista al Chimu Capac, cuyos dominios abarcaban cien leguas de costa. El cronista no ofrece detalles de los acontecimientos, sólo dice que venció el Inca y que el rebelde murió ejecutado. Desde entonces a los yungas les fue prohibido portar armas y no eran llamados a formar parte de los ejércitos del Inca, este hecho indica que el señor de Chanchan debió traicionar al soberano cusqueño mientras integraba las huestes del Tahuantinsuyu después de su sumisión al incario.

La decisión de que los costeños en general no formaran parte de los ejércitos del Inca es confirmada por otros documentos referentes a los llanos. En la Visita ordenada por el licenciado La Gasca en 1549 al valle de Huaura, a la encomienda de Nicolás de Ribera, el mozo, se le preguntó al curaca si antiguamente proporcionaba hombres para servir en las guerras, contestó que por ser yunga, es decir costeño, no tomaban parte en las contiendas (Rostworowski 1978a: 224; Fernández de Oviedo 1945, t. XII: 114). Una declaración en el mismo sentido se halla en la Visita a Atico y Caravelí de 1549; interrogado el curaca Chincha Pula si en tiempos prehispánicos contribuía con hombres para los ejércitos del Inca respondió negativamente. Al parecer fue general la decisión de no exigir de los yungas prestaciones de servicios de varones para la guerra. Estas noticias tienden a confirmar la poca confianza que mostraban los cusqueños para con los habitantes del litoral.

La suspicacia que produjo la insurrección del Chimor trajo una consecuencia más: la dispersión de su gente, que fue enviada a numerosos lugares del Tahuantinsuyu en calidad de *mitmaq*. Dado lo interesante de las funciones que desempeñaron muchos de esos colonos en los pueblos en donde fueron obligados a vivir, más adelante volveremos sobre este tema.

Según Cobo (1956, t. II, cap. XVI), estando Huayna Capac en Jauja llegaron las nuevas de una rebelión de los señores de Chachapoyas. El Inca partió hacia dicha "provincia" donde, sin gastar mucho esfuerzo, quedó apaciguada la región y luego continuó su ruta hacia Quito. Pero, de acuerdo con Sarmiento de Gamboa (cap. 58), después de permanecer un corto tiempo en Chachapoyas el Inca regresó al Cusco y luego marchó al sur a visitar Cochabamba y Chile.

Durante su estadía en Tiahuanaco llegaron las noticias de sublevaciones en Quito que lo obligaron a hacer un llamamiento de gente y a reunir nuevas tropas. Esta vez su permanencia en el extremo norte fue larga, llegando a dominar poco a poco toda la región. Entre los más revoltosos se contaba al curaca Tomalá de la isla de La Puná quien cada vez que podía traicionaba al soberano.

Es posible que en uno de esos levantamientos se viera involucrado el señor Pabur, de la región de Piura. En 1532 Francisco Pizarro, al pasar por dicha región camino a Cajamarca, se aposentó en la gran plaza del curacazgo del mismo nombre. Allí tomó conocimiento de que se trataba de un importante señorío, rico y muy poblado pero que quedó destruido y sus pueblos quemados por haberse negado a recibir pacíficamente a Huayna Capac (Fernández de Oviedo 1945, t. XI: 277).

En Tumipampa, Huayna Capac fue informado por los *chasqui* de una invasión de los selváticos chiriguanas a los charcas, y que habían matado a los desprevenidos guardias de una fortaleza. El Inca envió a su capitán llamado Yasca a poner orden entre los invasores; dicho capitán llevó consigo, para que le prestasen apoyo, numerosas huacas, entre ellas a Catequil de Cajamarca y Huamachuco, a Curichaculla de Chachapoyas y a Tomayrica de Chinchaysuyu (Sarmiento de Gamboa, cap. 61).

Todas estas rebeliones mostraban la necesidad de prever las sublevaciones no sólo entre los diversos jefes étnicos sino en el mismo seno de la elite cusqueña. Un motivo de insubordinación se presentaba indefectiblemente, y en ambos niveles, al fallecimiento de un Inca reinante. Por ese motivo la muerte de un soberano se ocultaba hasta no tener designado su sucesor, y se tomaba la precaución de guardar en secreto su muerte, sólo los más allegados y fieles tenían conocimiento de lo acontecido; cuando ya estaba decidida la sucesión se comunicaba el deceso a los habitantes del Tahuantinsuyu.

Este fue uno de los motivos que impulsaron a los altos personajes de la corte inca en Quito a ocultar al pueblo el fallecimiento de Huayna Capac, y a embalsamar su cuerpo y conducirlo al Cusco como si estuviese aún con vida (Guaman Poma 1936, foja 114). Más adelante veremos los disturbios que hubo en la capital relacionados con la elección del nuevo soberano, originados por la nobleza.

Las grandes distancias del Tahuantinsuyu hacían cada vez más difícil, a pesar de la rapidez de los *chasqui*, comunicar las noticias de una sublevación. Para subsanar en algo los obstáculos de la lejanía idearon la estratagema de tener preparada leña bien seca en las cumbres de los cerros, que era prendida para advertir el estallido de una rebelión. Al ver el resplandor de la hoguera la gente apostada en otra elevación del terreno encendía otra fogata, y así sucesivamente por medio de la lumbre lograban advertir que había estallado un alboroto en la dirección indicada. Mientras llegaban los mensajeros con los *quipu* y las noticias, las tropas estaban listas para partir y se ponían en marcha de inmediato.

Los ejércitos incas

No cabe duda de la importancia de los ejércitos incas y del rol preponderante que jugaron en la expansión territorial del Tahuantinsuyu. Examinaremos la información suministrada por los cronistas sobre la constitución de las tropas, para analizar luego su desarrollo a través del tiempo.

En las guerras de conquista y en la formación de las huestes se conservaban las divisiones por etnías, y los curacazgos designados para contribuir con la *mita* guerrera proporcionaban soldados conducidos por jefes de sus propios pueblos. En las guerras del extremo norte, bajo el gobierno de Huayna Capac, se constata la pesada contribución en hombres que recayó principalmente sobre los collas y los pobladores del Cuntisuyu. Puede suponerse que el Inca confiaba más en ellos por haber sido incorporados al Tahuantinsuyu desde tiempo atrás, o bien por ser simplemente una región muy poblada que podía permitirse una larga ausencia de sus hombres. En algunos casos la violencia de las luchas y la elevada mortandad de las guerras norteñas hizo que pocos guerreros regresaran a sus señoríos de origen.

Según Cobo (1956, t. II, lib. 14, cap. IX), los incas por ser conquistadores estimaban y valoraban a sus ejércitos y a sus jefes militares. Las tropas se dividían siguiendo la organización política, es decir en decurias y centurias comandadas por sus je-

fes naturales. Sin embargo, los linajes incas mantenían los más altos puestos con una jerarquía por encima de los comandantes locales. También había ejércitos compuestos por ayllus reales y posiblemente formaban la elite de las tropas.

Al marchar a la guerra las huestes iban repartidas según sus etnías, y las que tenían mayor antigüedad en el Tahuantinsuyu se situaban más cerca de la persona del Inca. Los ejércitos se dividían en escuadrones y cada uno llevaba un solo tipo de arma, había honderos, flecheros, portadores de macanas, porras o estólicas, y otros. No faltaban los instrumentos musicales como tambores, trompetas hechas de grandes caracoles marinos y flautas.

Fernández de Oviedo (1945, t. XII, p. 30) narra el orden seguido cuando se iniciaba una batalla: primero atacaban los hombres con sus guaracas u hondas con piedras del tamaño de huevos, portaban rodelas y un vestido de algodón acolchado para protegerse de los proyectiles. Tras ellos marchaban soldados armados con porras y hachas, las porras eran palos engastados con unas piedras del grosor de un puño, otras tenían puntas agudas. En cuanto a las hachas, Fernández de Oviedo las describe como parecidas a las alabardas confeccionadas de cobre, o de oro y plata para los señores, según su rango (Salas 1950). Luego avanzaban los portadores de lanzas pequeñas que eran arrojadas como dardos, debían ser estólicas; y en la retaguardia iban los piqueros con largas lanzas que apoyaban sobre el brazo izquierdo cubierto con una gruesa manta sobre la cual ajustaban el arma.

Cristóbal de Mena (1945: 83) describe el real de Atahualpa en Cajamarca la víspera de caer prisionero, cuando Hernando de Soto y Hernando Pizarro fueron a verle:

> "Todo el campo donde el cacique estava, de una parte y de otro estava cercado de esquadrones de gente piqueros y alabarderos y flecheros; y otro esquadron avía de indios con tiraderas y hondas; y otros con porras y macanas".

Los cronistas cuentan que en los combates todos los soldados iban muy aderezados y enjoyados, vestidos de acuerdo con las costumbres y usos de sus lugares de origen y de sus pueblos, lucían penachos y plumas y sobre las espaldas y pecho llevaban patenas de cobre, plata u oro según sus jerarquías en el ejército. En algunas regiones se pintaban el rostro para atemorizar al enemigo. Al iniciar el ataque cantaban y gritaban para sembrar el espanto en el bando enemigo. La gritería era tal que, según los cronistas, los pajarillos del campo caían al suelo aterrados.

Diego Molina, en su relación insertada en la obra de Fernández de Oviedo (1945, tomo XII: 97), hace referencia a la fuerza y poderío de los ejércitos incaicos y al hecho que tenían sojuzgados a los habitantes civiles que no portaban armas. Menciona, igualmente, que los soldados peleaban con arcos, flechas, porras, varas, estólicas, hondas y macanas que manejaban con ambas manos. Más adelante, el mismo Molina añade (ibídem, pág. 97) que la gente de guerra caminaba por escuadrones, cada uno con su arma, avanzando primero el grueso del ejército, y en medio de las tropas y protegidos por una retaguardia avanzaban los cargadores. Según Cieza (*Señorío*, cap. XVL), los hombres llevaban los bultos sólo hasta un lugar determinado, acudiendo otros a tomar el relevo. Este sistema de la *mita* hacía menos arduo y penoso el trabajo. En cambio, durante la conquista de Pizarro y las guerras civiles, los indígenas entregados por sus curacas para servir a los españoles llevaban bultos y armas durante un tiempo indefinido, y pocos retornaban a sus ayllus de origen ya sea porque se quedaban por el camino en diferentes parajes o morían en la ruta (Espinoza 1971).

En otro trabajo (1983), al hablar sobre la organización dual en el mando de los ejércitos señalamos que en los documentos y crónicas hallamos la mención de dos jefes para cada ejército, uno representaba la mitad de Hanan y el otro el bando de Hurin. Esta división reproducía el concepto dual del mundo andino, formación que se repetía en el gobierno de los curacazgos, entre los propios incas y en el comando del Estado. A esta división

dual en el mando de las tropas se añadía una tripartición nombrada por los cronistas en la composición de los ejércitos al momento de entrar en guerra, y que representaba la estructura simbólica del pensar andino. Siempre eran tres los ejércitos que tomaban parte en una batalla y no sólo los cusqueños conservaban esta forma de repartir sus efectivos, en tiempos anteriores al auge inca, las tropas chancas usaron el mismo método y correspondía a una ideología religiosa y social.

Según nuestra hipótesis, la formación de tres ejércitos se refería a la división panandina de Collana, Payan, Callao. Collana era el hermano mayor, el *curaq*, el más importante; Payan representaba lo femenino, es una voz que proviene de *paya*, la mujer noble. En el mito de los hermanos Ayar, Mama Huaco era la guerrera y desempeñó un papel activo en el arribo e instalación de Manco Capac en el Cusco; de igual manera, en el asedio chanca al Cusco una curaca a la cabeza de sus tropas rechazó a los atacantes, triunfo que fue el inicio del auge inca. En ambos mitos incaicos las mujeres lucharon y guerrearon como jefas. En cuanto a la voz *callao* designaba al hermano menor o *sullca* de la división dual.

Otro mito relacionado con los ejércitos incas son los legendarios *pururauca*, que se transformaron en valientes guerreros en el ataque chanca al Cusco y contribuyeron al triunfo. Santa Cruz Pachacuti (1928: 179) cuenta que un viejo sacerdote del templo del Sol, llamado Topauanchire puso unas piedras cerca del santuario a las cuales añadió armas y cascos para simular soldados apostados. En el momento candente de la batalla se produjo el milagro y las piedras se convirtieron en fieros soldados y contribuyeron a la victoria inca.

En la ideología andina los dioses y los personajes míticos se transformaban en *guanca* o piedras y mantenían la facultad de comunicarse con los seres vivos, era una forma de perennización indefinida y una sacralización. En el mito de los *pururauca* sucedía a la inversa, es decir que las piedras cobraban vida y figura humana. El poder sobrenatural que emanaba de ellos producía terror entre los naturales y a causa de este sentimiento de miedo muchos curacas enemigos se rendían a los incas sin luchar (Cobo 1956). Entre las piedras *pururauca*, en el Cusco adoraban especialmente a una llamada Tanancuricota que era venerada por ser una mujer que apareció junto con los legendarios soldados; con ella lo femenino quedaba comprendido en la gesta guerrera (Rowe 1979, Cu-8:1).

En las guerras de importancia, encabezadas por la elite cusqueña o por el mismo soberano, llevaban consigo ya sea la representación o la propia huaca de Huanacauri o bien la imagen de Manco Capac. Lo mismo sucedió con los chancas quienes cargaban con los "bultos" de sus dos progenitores Uscovilca y Ancovilca. ¿Qué reflexiones podemos extraer de lo narrado hasta aquí sobre los ejércitos y las conquistas incas? Encontramos que las guerras sostenidas por los cusqueños a través del tiempo se dividían en tres categorías: El primer tipo era común durante el Intermedio Tardío y en los inicios del Cusco, cuando la futura capital era tan sólo un curacazgo más en el ámbito andino. Lo frecuente entonces eran las guerras de rapiña, cuyo objetivo consistía en lograr los despojos del adversario. Las crónicas informan de repetidas incursiones hacia los mismos pueblos vecinos a lo largo de los diferentes gobiernos, con una escasa o nula anexión territorial.

El segundo tipo de conquista tenía un cariz muy diferente, y se cumplía a través de la reciprocidad y de los lazos de parentesco establecidos por el intercambio de mujeres y de dones diversos. La ventaja de tales situaciones consistía en no tener necesidad de llegar a las armas o a un estallido bélico. Se trataba del compromiso de reconocer a los incas por señores, y la reciprocidad se hacía efectiva gracias a grandes donativos, regalos suntuosos, bebidas y comidas en común en la plaza pública. A medida que crecía el poderío inca, los soberanos disponían de mayores bienes para establecer la reciprocidad con los jefes de las macroetnías. El prestigio de los aguerridos soldados y la conocida "generosidad" de sus Incas fue el medio empleado habi-

tualmente para el engrandecimiento del Estado. También sucedía que el temor inspirado por los cusqueños hacía que los señores étnicos aceptaran pacíficamente su superioridad.

La tercera suerte de guerras se dio cuando la expansión llegó a su punto máximo tanto al sur como al norte. Nos referimos a las conquistas de Huayna Capac en los confines del Tahuantinsuyu. Parece que en las fronteras se desarrolló una mayor belicosidad y agresividad, posiblemente debido a que en los hábitos de sus pobladores la reciprocidad no entraba en juego; no tenían lugar la normas del "ruego" y de las "dádivas". Cuando un señor local rechazaba los vínculos de la reciprocidad y decidía ofrecer resistencia a los ejércitos incas, se entablaba una guerra en la que solían, por lo general, salir victoriosas las tropas del soberano incaico. Para escarmiento de los demás curacas, los generales incas practicaban grandes represalias sobre los vencidos creando un clima de terror e imponiendo castigos con el fin de evitar futuros confrontamientos o levantamientos.

Un curaca vencido, por lo general, era llevado al Cusco para las ceremonias del triunfo y luego ajusticiado. En su lugar el Inca designaba a otro personaje adicto a él; en ciertas ocasiones nombraba a un curaca de la categoría *yana*, cuyo *status* respondía a una situación muy diferente en la cual la reciprocidad no tenía efecto, no existía.

Si la guerra de conquista había tardado mucho tiempo, como sucedió en Guarco, o bien una ofensa directa o complot surgía contra la persona del Sapan Inca, como acaeció en Quivi, el castigo infligido a los vencidos era mayor y la sanción recaía sobre toda la población masculina del señorío.

Estas normas favorecieron la sumisión de los jefes étnicos a los requerimientos de paz y de obediciencia al Inca, a la par que explicaban la rapidez de la expansión cusqueña, pues no se necesitaba de largas guerras sino de aceptar la superioridad de las huestes incaicas.

Para las guerras de rapiña y para las que se libraban bajo el precepto de la reciprocidad, los ejércitos eran convocados para

un tiempo definido y limitado. Además, los puestos fronterizos eran habitados por *mitmaq* especiales, cuya función era vigilar todo intento o avance de gente extraña al Estado. Tal fue el caso de los cusqueños enviados a los chupaychos para cuidar los linderos de los agresivos panataguas (Archivo del Ministerio de RR.EE.).

Las expediciones se efectuaban cuando no se necesitaba de la fuerza de trabajo en los campos, o sea que las tropas eran convocadas durante un tiempo más bien corto. Se puede sostener que cuando las distancias no eran mayores los ejércitos no tenían carácter de permanentes y se disolvían cuando llegaba el momento de realizar las faenas agrícolas. En la Relación de Chincha se dice que existía un tiempo para hacer la guerra y durante ese período era peligroso ausentarse de un valle o salir de su curacazgo bajo riesgo de morir (Castro y Ortega Morejón 1974/1558).

Otra noticia relacionada con una época determinada para desarrollar actividades bélicas, por lo menos cuando se trataba de ataques a la costa, es mencionada por Cieza de León al decir que no sostenían luchas durante los meses de estío porque el exceso de calor ahuyentaba a los serranos (*Señorío*, cap. LIX). Otro factor que dificultaba las conquistas a los yungas en tiempo de verano era el aumento del caudal de los ríos y las dificultades de cruzar los valles; la ruta natural para dirigirse a los llanos era seguir el curso de los cauces. En épocas apropiadas para las operaciones guerreras los soldados conducidos por sus propios jefes marchaban acompañados en la retaguardia por las llamadas "rabonas"; cada mujer se ocupaba de su hombre, y en caso de ser herido lo cuidaba y alimentaba.

Con la expansión y las grandes distancias se hizo imposible el retorno de la soldadesca a sus pueblos y a sus faenas campesinas en el plazo necesario para asistir a los trabajos agrícolas. Los incas recurrieron en esas circunstancias a la *mita* guerrera, que permitió conducir sus ejércitos a los confines de sus estados por varios años consecutivos. Esto significaba que otros hombres se

hacían cargo de los cultivos y que las mujeres se quedaban en sus ayllus, quizá trabajando en las chacras reemplazando a sus hombres.

Consecuencia directa de esa situación fue la necesidad de mayores almacenamientos de subsistencias y de pertrechos guerreros de toda clase. Creció también la demanda de depósitos a lo largo de las rutas troncales por donde marchaban las tropas, en el eje principal de Cusco-Quito. Había que contemplar la construcción de miles de kilómetros de caminos, puentes, albergues, de centros administrativos, y de abastecimientos con los depósitos adecuados. La prueba de este desenvolvimiento organizativo se halla en las rutas jalonadas por tambos, *colca* o depósitos en los centros administrativos como Vilca Huaman y Huanuco Pampa.

Es posible que como resultado de la política expansionista del Cusco se iniciara el descenso demográfico entre la población indígena, el mismo que se aceleraría con la llegada de los españoles. En efecto, primero las guerras del extremo norte durante el gobierno de Huayna Capac y los posteriores enfrentamientos entre Huascar y Atahualpa demandaron una gran contribución de parte de la población masculina del Tahuantinsuyu.

En la última fase del gobierno inca se observa una mudanza en la costumbre de la jefatura de los ejércitos, en la dirección de las tropas. Los soberanos forjadores de la gran expansión iban personalmente a la cabeza de sus ejércitos, tal Tupac Yupanqui y también Huayna Capac quien sólo en contadas ocasiones dejó el mando a sus subalternos. En cambio Huascar y Atahualpa se mantuvieron, ambos, alejados del frente de batalla, en sus respectivas ciudades o en la retaguardia, y fueron sus generales quienes se encargaron de la conducción de la guerra. Huascar sólo dejó el Cusco en el último encuentro cuando cayó vencido frente a los generales de su hermano.

¿A qué atribuir este espíritu tan poco guerrero de los últimos Incas? ¿El Tahuantinsuyu se hacía demasiado extenso? ¿Huascar y Atahualpa no confiaban en otras manos la conducción de

la política? ¿El poder había cambiado la agresividad de los gobernantes? ¿Temían revueltas internas y locales debido a un pronunciado descontento entre no sólo las *panaca* sino entre los señores étnicos?

Este último punto es un interesante indicador de que se estaba operando una transformación en el Tahuantinsuyu y explicaría la poca cohesión alcanzada por las diversas etnías con el poder central y por ende, uno de los motivos de su fácil colapso.

En efecto, las interminables guerras de conquistas incaicas debían producir entre los señores étnicos un descontento cada vez mayor, pues sobre ellos recaía el deber de suministrar un constante y creciente número de soldados para la *mita* guerrera. Este otorgamiento representaba una disminución de la mano de obra disponible para el funcionamiento de sus propios curacazgos. Innumerables eran las prestaciones de servicios necesarias para cumplir las demás obligaciones exigidas por la administración cusqueña, como laborar en las tierras del Estado, del Sol y de las principales huacas existentes en cada curacazgo; las aportaciones de mujeres como *mamacona*, de artesanos especialistas para suplir las demandas de la corte, de talladores de piedras, y de constructores para las edificaciones estatales, sin contar con la mano de obra requerida para aderezar caminos y tambos.

En cuanto a los señores yungas, si bien no estaban sujetos a la *mita* guerrera no por eso andaban más descansados. Cada nuevo soberano aumentaba la extensión de las tierras asumidas por el Estado, que demandaban atención además de cargadores para remitir el fruto de las cosechas a los depósitos estatales. Naturalmente que las tierras eran las mejores del valle y se sustraían de la hacienda del curaca local. Además, los señores costeños contribuían con un número elevado de artesanos de toda índole.

Esta situación permitió aumentar el fermento del descontento entre los curacas y debilitar y socavar el dominio del Inca que se mantenía por el miedo y el temor. Mientras la autoridad permaneció en manos de un soberano como Huayna Capac, temido

y respetado, el Tahuantinsuyu permaneció en paz. Sin embargo, dada la forma como se forjó la hegemonía inca, debió existir un creciente desasosiego entre la población andina sujeta a los soberanos cusqueños. Sólo se necesitaba de una circunstancia favorable para que ese poder, más aparente que real, se desplomara como sucedió al aparecer la hueste de Pizarro.

Fue entonces que los señores étnicos vieron una oportunidad de liberación y se plegaron a los extranjeros con la esperanza de recobrar su antigua libertad. Pasado un tiempo de la conquista hispana, los naturales principiaron a sentir su equivocación y se apoderó de ellos una tremenda frustración en sus deseos de independencia. Se dieron cuenta de que la situación había empeorado pues no sólo el yugo había aumentado, sino que sus creencias y su religión se vieron afectadas. Es entonces cuando empezó a producirse una añoranza del pasado. Las consecuencias serán las numerosas rebeliones campesinas a lo largo del virreinato y el surgimiento del Taqui Oncoy, creencia en un retorno al tiempo primordial del predominio de las huacas (Albornoz 1967).

CAPÍTULO V

Las sucesiones y el correinado

Las guerras fraticidas entre Huascar y Atahualpa, entabladas después del fallecimiento de Huayna Capac, no fueron un fenómeno extraño ni único en la historia andina. Al contrario, se trataba de circunstancias que se repetían al final de cada gobierno. Esta situación de anarquía se debía a las costumbres sucesorias, y a la lucha por el poder que estallaba con mayor o menor intensidad a la muerte del Inca. El motivo principal de los alborotos era la ausencia de una ley sobre herencia del poder, agravado por el hecho de que varios miembros de un grupo de deudos del Inca fallecido podían aspirar al mando y gozaban de iguales derechos y prerrogativas.

Los cronistas dieron por sentado que en el Perú prehispánico heredaba la *mascapaycha* el hijo mayor y legítimo de un soberano. Sin embargo, al estudiar las crónicas y verificar los acontecimientos que se sucedían a la muerte de cada Inca, descubrimos que los hábitos sucesorios eran totalmente diferentes.

Si las leyes indígenas hubieran sido similares a las europeas hallaríamos, a través de los datos de archivos y de las crónicas, referencias detalladas sobre los derechos a mayorazgos y árboles genealógicos, con mención de ramas mayores y menores, entre otras, y sería factible señalar quiénes estaban en la línea de sucesión. En cambio, no encontramos entre los Incas ni entre los señores étnicos nada semejante. Los mismos cronistas desmienten sus afirmaciones y proporcionan datos contradictorios cuando se trata de casos concretos.